

P

82-93

FAB



COLECCION ARALUCÉ

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para las B. Circulantes

FÁBULAS
DE
ESOPPO

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

NIHIL OSBTAT

EL CENSOR

Franc.º de P. Rivas y Servat

PRESBITERO

Barcelona 21 Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular
JOSE PALMAROLA

Por mandato de Su Sra.,
Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Scrito. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de «Colección de obras maestras al alcance de los niños» dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguese dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular
JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Señoría
DR. P. VALLÉS, Pbro.
Pro-Scrito

L. 8/120

20.245

FÁBULAS DE ESOPO

RELATADAS A LOS NIÑOS
CON ILUSTRACIONES DE

A. SALÓ

SEGUNDA EDICIÓN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME A LA LEY

INDICE

	<u>Página</u>
El perro envidioso	13
• El labrador y sus hijos	14
El pescador y los peces	15
El águila y el cuervo	16
El cazador y el ciervo.	17
El herrero y el perro.	18
El labrador y el toro.	19
El ama y las criadas	20
Las liebres y las ranas	21
El cazador y el perro	22
El parto de los montes	23
El ladrón y el perro	24
El gavilán y las palomas	25
Las ranas pidiendo rey	26
El león, el toro y el chivo	28
El lobo y el cabrito	29
La corneja sedienta	30
El león y el ratón	31
El águila, la corneja y la tortuga	33
El asno y el faldero	35
El joven y el ladrón	37
El león, el jabalí, el toro y el asno	38

	<u>Página</u>
La hormiga, la paloma y el cazador	39
El águila y la raposa	40
El perro y la tajada de carne	41
El ratón, la rana y el milano	42
El león, el ciervo, la cabra y la oveja	43
Las dos ollas	44
El árbol y la caña	45
El cuervo y la raposa.	46
El ratón ciudadano y el ratón campesino.	47
El pavo real y la diosa Juno.	49
El camello y la pulga.	51
El envidioso y el avaro	52
La cigarra y la hormiga	53
El león vencido por el hombre	54
El lobo y los pastores	55
El caballo, el ciervo y el cazador	56
El avaro y su tesoro	58
El carnicero y los carneros	59
El león y el asno cazando.	60
El adivino	61
La zorra y el leñador	62
Los dos enemigos	63
La comadreja y los ratones	64
El gato y los ratones	65

	<u>Página</u>
La mona y la zorra	66
La codorniz	67
El pescador y el pez	68
El mercader y el asno	69
El ciervo y el buey	70
El labrador y los perros	71
Las manos, los pies y el vientre.	72
El muchacho y la fortuna	73
Los lobos y las ovejas	74
Los dos cangrejos	75
La serpiente y la lima	76
La zorra, el gallo y los perros	77
Las avispas, las perdices y el labrador	79
El caballo y el asno	80
El león enfermo	81
La zorra y el lobo	82
El asno vestido de león	83
Los cuadrúpedos y las aves	84
El asno y el lobo	85
La rana y la raposa	86
La cabra y el buey	87
El grajo y los pavos reales	88
El lobo, la zorra y el mono	89
La rana y el buey	90

	<u>Página</u>
El león y el pastor	91
El médico y el difunto.	93
Los dos perros	94
La cabra, el cabrito y el lobo.	95
El pavo real y la grulla	96
El león enamorado	97
El asno y las ranas	98
La mujer y la gallina	99
El buitre y las otras aves	100
La encina y la caña	101
El cuervo y la serpiente	102
El rey y las monas	103
Júpiter y la mona	104
El corneta	105
Los cuatro bueyes	106
La abeja de Júpiter	108
El cazador y la cigüeña	109
La raposa y el gato	110
El negro y su amo	111
En enfermo y el médico	112
La zorra y la cigüeña	113
El camello y Júpiter	114
El lobo y el chivo	115
La raposa y el gallo	116

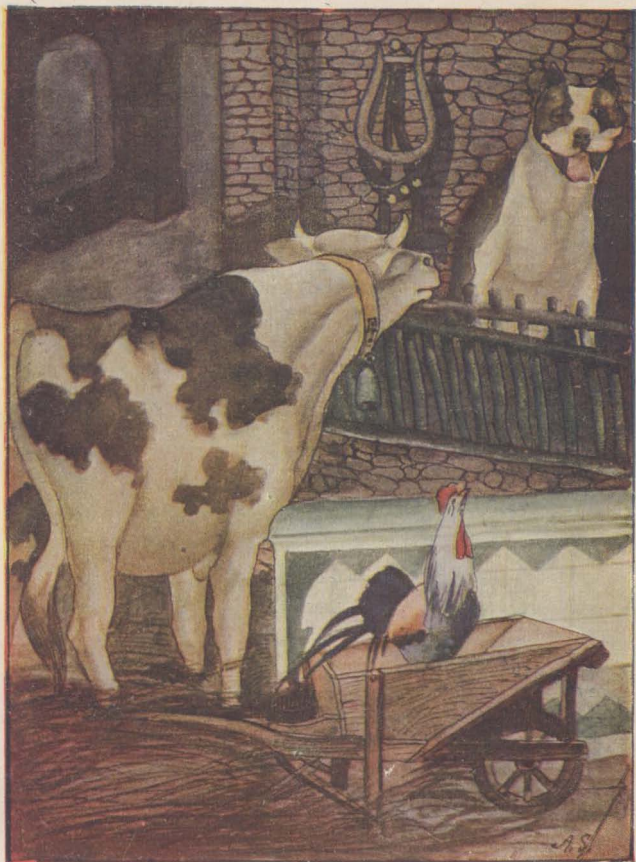
	<u>Página</u>
Los dos gallos	117
El viejo y la muerte	118
Los dos amigos y el oso	119
Los gallos y la perdiz	120
El toro y el ratón	121
La zorra y el jabalí	122
Los ladrones y el gallo	123
La liebre y la tortuga	124
El lobo y el carnero	125
La zorra y el chivo	126
La raposa y la zarza	127



LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

	<u>Página</u>
El perro envidioso	13
El cazador y el ciervo	17
El águila, la corneja y la tortuga	33
El pavo real y la diosa Juno	49
El gato y los ratones	65
El león enfermo	81
El león enamorado	97
La zorra y la cigüeña	113





El perro en el pesebre

FÁBULAS DE ESOPHO

EL PERRO ENVIDIOSO

Cierto perro muy envidioso tenía la costumbre de acostarse en un pesebre de heno, y cuando los bueyes venían al establo no los dejaba comer.

Más atrevido que los otros, acercóse un buey para tomar un bocado de heno; pero el can se puso furioso y le enseñó, gruñendo, los dientes.

—Envidioso y perverso sin fundamento eres —díjole entonces el buey,— pues ni siquiera permites que me aproveche de lo que está destinado a nosotros y a tí para nada te sirve.

No imitemos al perro; fea es la envidia, pero más fea es aún si la acompaña la maldad infundada.



EL LABRADOR Y SUS HIJOS

Como viera su muerte muy cercana, un labrador llamó a sus hijos y les comunicó que cuantos bienes poseía dejábalos en la viña de su propiedad, por cuya razón, cuando quisiesen repartirlos entre ellos, sólo en la viña debían buscarlos, pues únicamente en ella los encontrarían. Muerto el padre fueron los hijos a la viña a buscar aquellos bienes, pero, por más que cavaron y cavaron, con la esperanza de encontrar un tesoro, nada descubrieron.

Sin embargo, como la viña, por efecto de la avaricia de los huérfanos, fué muy cavada, dió mucho fruto aquel año, lo que hizo que uno de los hermanos, al repartirlo con los otros, se dijera :

—Sin duda alguna, el tesoro que nuestro padre nos dejó son los frutos de esta viña.

El trabajo es el máspreciado tesoro del hombre.



EL PESCADOR Y LOS PECES

Tocaba un pescador la flauta en su barca, imaginándose que al son de la música acudirían los peces y podría cogerlos con la mano ; más, viendo que no hacían el menor caso de la música, echó las redes al mar, y, al revés de lo que pensaba, pescó muchos, lo que le hizo exclamar muy satisfecho :

—¡ Oh, peces ! me figuré que os gustaría la música, porque saltáis siempre al salir del agua ; pero ahora veo que me será más provechoso emplear la red que todo instrumento músico.

Enseña esta fábula que no se debe juzgar por las apariencias, y también que no se debe adoptar recurso nuevo y de inseguro éxito cuando los viejos de que se dispone dan buenos resultados.





El cazador y el ciervo

EL ÁGUILA Y EL CUERVO

Observando un cuervo que las águilas se abalanzaban a los corderos y los arrebataban con sus garras, propúsose hacer lo propio, y echando a volar se arrojó sobre un cordero. Mas hubo de pesarle, porque sus uñas se enredaron en la lana ; llegó a toda prisa el pastor y se apoderó de él, cortándole las alas y entregándole a los muchachos para que se divirtiesen. Tan desfigurado quedó que no faltó quien preguntara qué clase de ave era, a lo que el pobre cuervo dijo :

Por el pensamiento, fuí águila ; pero por las obras debo reconocer que fuí cuervo solamente.

No debemos acometer empresas superiores a nuestras fuerzas.



EL CAZADOR Y EL CIERVO

Un ciervo que bebía en cierta fuente, re-
crébase mirando su bella imagen en el agua,
muy satisfecho de sus cuernos, pero rene-
gando en cambio de sus delgadas y largas
piernas. En esta contemplación llegaron hasta
él los gritos de un cazador y los ladridos de
sus perros, ya poco distantes, por manera que
hubo de recurrir a la ligereza de sus piernas
para escapar de sus enemigos. Pero sucedió
que, al entrar en el bosque, se le enredaron
los cuernos en las ramas de un arbusto, a lo
que debió el cazador el cogerle sin la menor di-
ficultad. Y el ciervo, al considerar el estado
en que le pusiera la parte más bella de su per-
sona cambió de parecer, alabando lo que antes
menospreciaba y menospreciando lo que en-
salzara antes.

Muchas veces lo que más agrada es lo más
perjudicial.



EL HERRERO Y EL PERRO

Cierto herrero tenía un perro que dormía a pierna suelta mientras su amo trabajaba, sin cuidarse de los estrepitosos martillazos del taller, y en cambio se despertaba en cuanto se sentaban sus dueños a la mesa, corriendo a participar de la comida. Semejante comportamiento hizo exclamar a su amo :

— ¡ Es realmente asombroso que no te despierte el ruido del martillo, y sí el de mis dientes, que te hace levantar y venir a mí meneando la cola !

La pereza y la holgazanería son siempre desagradables aun en los seres que no nacieron para trabajar.



EL LABRADOR Y EL TORO

Como tuviera un toro la mala costumbre de acometer a todos, aun a su propio amo, con los cuernos, determinó éste despojarle de ellos ; mas, lejos de aplacarse el toro cuando los tuvo cortados, contrajo la costumbre de escarbar furiosamente el suelo con las pezuñas, llenando de polvo y arena cuanto le rodeaba y estropeándolo todo. Resolvió entonces su amo venderlo al carnicero para que lo matase, pues era mayor que el que ocasionaba con los cuernos el daño que causaba con los piés.

Las malas costumbres acarrear frecuentemente la muerte.



EL AMA Y LAS CRIADAS

Tenía un ama la costumbre de despertar por la mañana a sus criadas en cuanto oía cantar al gallo; y, aborreciendo éstas por tal motivo al animal, decidieron matarlo. Pero sucedió entonces que, no sabiendo el ama qué hora era, por no anunciarla ya el gallo, levantábase antes de la hora acostumbrada y llamaba más temprano a las sirvientas.

A veces empeoramos nuestra situación con lo mismo que creyéramos mejorarla.



LAS LIEBRES Y LAS RANAS

Cansadas de verse perseguidas por los perros, pensaron las liebres en cierta ocasión que era preferible morir a vivir en continuos sobresaltos, y dirigiéndose a una laguna con intención de precipitarse en ella. Y sucedió que, al ver las ranas que las liebres se les acercaban corriendo, lanzáronse todas, con muestras de gran espanto, al agua. Detuviéronse entonces las liebres, y una dijo:

—Hermanas, no nos desesperemos; sigamos como hasta aquí, pues visto está que hay seres que padecen sobresaltos mayores que los nuestros.

Deben soportarse pacientemente las propias desgracias, pensando que otros las quisieran para hacer de ellas sus alegrías.



EL CAZADOR Y EL PERRO

Tan viejo y cansado estaba ya un perro que toda la vida había servido satisfactoriamente a su amo en la caza que, habiendo cogido una liebre, debido a su mucha debilidad, dejola escapar.

Viendo esto el amo, se enfadó y le dijo :

—¿Para qué te quiero, por qué te mantengo, si de nada sirves?

A lo que respondió el can :

—Señor, tengo ya muchos años, carezco de fuerzas y perdí mis dientes. Antes me alababas por lo mucho que valía, y hoy me reprendes porque para nada valgo. Recuerda lo de antes, y considera que ahora hago lo que puedo.

No debe menospreciarse en la vejez al que sirvió bien durante su juventud.



EL PARTO DE LOS MONTES

Hace muchísimo tiempo los montes conmoviéronse de tal modo, que era opinión general que vomitarían cosas espantosas ; pero se abrieron por fin con gran estruendo, y de sus entrañas salió únicamente un ratoncillo. Viendo esto dejaron de tener miedo las gentes, olvidando su pasado pavor.

Quiere dar a entender esta fábula que los que más prometen son los que menos hacen, y también que se deben desechar los temores, porque generalmente lo más grave del peligro es el miedo que produce.



EL LADRÓN Y EL PERRO

Habiéndose introducido de noche un ladrón en una casa, como se pusiera a ladrar el perro encargado de su custodia, le echó un pedazo de pan.

—¿Con qué objeto me das este mendrugo?— dijo entonces el perro.—¿Es para hacerme un obsequio, o para engañarme? Si robas y matas a mi amo y su familia, aunque me des ahora pan para que calle, pereceré de hambre después ; en consecuencia, más que comerme el mendrugo me conviene ladrar y despertarlos.

Antes de aceptar un beneficio, debemos considerar quien nos lo ofrece.



EL GAVILÁN Y LAS PALOMAS

Viéndose perseguidas las palomas por un milano, pidieron al gavilán que las defendiese y le hicieron su rey, figurándose que las pondría al abrigo de asesinos ataques y las procuraría tranquila existencia. Pero sucedió que, en cuanto las tuvo en su poder, el gavilán se puso a matarlas y devorarlas; de lo que resultó que lo pasaron mucho peor con su protector que con su adversario.

Muchas veces, por obrar precipitadamente, queriendo evitar un disgusto nos proporcionamos otro mayor.



LAS RANAS PIDIENDO REY

Cansadas las ranas de vivir libres en sus lagunas, pidieron a Júpiter que les enviase un rey que pusiese freno a sus licenciosos hábitos. Semejante pretensión hizo sonreír al padre de los dioses, que les echó una gran viga. El estruendo que causó ésta al caer sobre las aguas asustó a las ranas, que huyeron despavoridas ; mas, deseosas de conocer a su soberano, sacó una de ellas la cabeza poco a poco, y, no viendo sino un madero, llamó a sus compañeras y todas, después de subirse encima de él y ensuciarlo, pusiéronse a pedir con grandes voces otro rey, por antojárseles inhábil el que tenían. Júpiter les envió entonces una cigüeña, que inmediatamente púsose a comérselas una tras otra. Amargamente quejáronse entonces las atribuladas ranas al dios, rogándole las librase de aquel tirano. Pero Júpiter las contestó :

—Padeced las consecuencias de vuestra importuna solicitud, pues, ya que con tanto anhelo pedisteis rey, y no contentas solicitasteis

otro, el que os he dado reinará por siempre sobre vosotras.

No es raro en los humanos el desear lo que quisieran después no haber conseguido.



EL LEÓN, EL TORO Y EL CHIVO

Perseguido por un león llegó un toro a una cueva habitada por cierto chivo ; y como se opusiera éste con sus cuernos a que entrara, siguió el toro adelante sin mostrarse ofendido y diciéndole :

—Te perdono este insulto ; pero sabe que no es a tí a quien temo, sino al león que me sigue ; que de otro modo ya te haría ver lo peligroso que es pelear conmigo.

No se debe aumentar la desdicha del desgraciado, y mucho menos aprovecharla para ofenderle.



EL LOBO Y EL CABRITO

Acercóse el lobo a un cabrito que pacía tranquilamente, con intención de devorarle, pero el cabrito le vió y se metió en un corral en que había varios carneros. No renunció por esto a su empresa el lobo, sino que, tratando de conquistar al pequeño animal, le dijo :

—No seas imprudente, hijo mío ; no permanezcas ahí, pues un día u otro te matarán. ¿Por ventura no ves el suelo de ese corral manchado por la sangre de los carneros que a diario degüella el carnicero ? Sal enseguida y vuelve al prado a pacer.

—Inútil es, señor lobo—contestó el cabrito—, que mostréis interés por mí, pues por mucho que me digáis no me moveré, ya que más quiero morir a manos del carnicero que ser devorado por vos.

Debemos escuchar con prevención los consejos que se nos dan sin pedirlos, pues pocas veces el que nos los dé querrá con ellos favorecernos.

LA CORNEJA SEDIENTA

Deseando beber una corneja sedienta en un cubo que encontrara cerca de un pozo, pero con tan poca agua que no la podía alcanzar con el pico, valiéndose de éste fué recogiendo del suelo cierto número de pequeños guijarros y echándolos dentro el cubo, con lo que el agua ascendió en éste y pudo beber con toda comodidad.

El ingenio vence muchas dificultades ante las cuales la fuerza fué impotente.



EL LEÓN Y EL RATÓN

Un ratón que jugaba con otros compañeros en la falda de una montaña, perdiendo pié tuvo el mal acierto de caer encima de un león que dormía en aquellos lugares. Cogióle entre sus garras el rey de las selvas, y disponíase a despedazarlo cuando el ratoncillo, vuelto en sí del susto, suplicóle temblando que lo soltara, pues al saltarle encima no lo había hecho con ánimo de molestarle, sino por' descuido, que humildemente rogaba le fuera perdonado. Pareciéndole al león que no era digno de su valor tomar venganza de un ser tan pequeño, aflojó las garras y le dejó marchar. Poco tiempo después, cazando en el bosque, el león tuvo la desgracia de caer en una red, y viéndose prisionero se puso a dar tremendos rugidos. Oyólo el ratón, y acudiendo sin tardanza, hablóle de esta manera :

—No te aflijas, rey de los animales ; nada tienes que temer, porque, para pagarte lo que por mí hiciste días pasados, royéndolas con

mis dientes voy a romper las cuerdas que te sujetan.

Y así lo hizo, en efecto, con inmensa alegría del león.

Las buenas acciones no quedan nunca sin recompensa.





El águila, la corneja y la tortuga

EL ÁGUILA, LA CORNEJA

Y LA TORTUGA

Remontó un águila su vuelo después de coger en sus garras una tortuga, que no se podía comer por meterse ésta dentro de su concha.

Una corneja que la vió aproximóse a ella y le dijo :

—Buena presa hiciste ;—pero, como no seas astuta, de nada te servirá.

—Dime, pues, qué he de hacer para sacar provecho de ella—contestó el águila,—y te daré la mitad.

—Vuela a gran altura—replicó la corneja,—déjala entonces caer, para que se rompa la concha, y nos podremos comer la carne.

Hizo el águila lo que la corneja le aconsejara, y, efectivamente, al caer la tortuga, su concha se quebró, descubriendo la carne.

Apóderose de ésta la corneja, que estaba más próxima, dejando burlada al águila, que no pudo llegar a tiempo de impedirlo.

No debemos seguir sin meditarlos bien los consejos que otros nos den, porque en más de una ocasión nos recomendarán lo que les convenga a ellos, y no lo conveniente a nuestros propios intereses.



EL ASNO Y EL FALDERO

Habiendo un asno observado que su amo acariciaba mucho a un falderillo de su pertenencia, porque éste corría siempre a su encuentro saltando alegremente y lamiéndole las manos, díjose a sí mismo :

—Si tanto afecto profesan mi amo y su familia a un animal tan pequeño, a causa de sus caricias, ¿cuánto más no agradecerán las mías, por el hecho de valer más y prestar servicios de importancia?

Y, convencido de que estaba en lo cierto, cuando llegó su dueño nuestro asno salió corriendo y rebuznando del establo, y después de brincar y cocear de mil modos, púsole las manos en los hombros y trató de lamerle el semblante.

Desagradaron, naturalmente, al amo tales extremos, y llamando a sus criados ordenó que sujetasen al asno, le diesen una paliza y lo llevasen al establo.

Muy a menudo los necios tratan de halagar y complacer, y no hacen más que aburrir y

causar enojo. Nadie debe hacer sino lo que le incumba.



EL JOVEN Y EL LADRÓN

Sentado estaba tranquilamente un joven en el brocal de un pozo, cuando observó que se le acercaba un ladrón y, comprendiendo que llevaba el propósito de robarle, se echó a llorar con amargura. Preguntóle el ladrón qué motivos tenía para afligirse de aquella suerte, y el astuto joven le respondió que, habiendo ido a sacar agua con un cántaro de oro, se le había roto la sogá y quedándose el cántaro dentro. En cuanto el ladrón oyó esta noticia despojóse de sus vestidos, y, por la codicia impulsado, bajó al pozo en busca de lo que no debía encontrar, pues nunca había existido. Entretanto el joven tomó la ropa del ladrón, para dejarle más chasqueado, y escapó.

Muchos son los malvados a quienes pierde su propia adversidad.



EL LEÓN, EL JABALÍ,
EL TORO Y EL ASNO

Acercóse a un león viejo y muy enfermo un jabalí que le aborrecía por haberle maltratado cuando era joven y fuerte, y le dió una tremenda dentellada. Después del jabalí se le aproximó un toro, que le atravesó la piel con sus cuernos. Llegó después un asno, que le soltó un par de coces en la cabeza.

Suspirando, el león se dijo al ver esto :

—Cuando estaba sano y fuerte, todos me alababan y temían, y mi solo nombre infundía terror a muchos ; ahora, todos se atreven conmigo. Al perder mis fuerzas, perdí también mi fama.

Se debe ser bueno y generoso en la opulencia, para que, si la pobreza hinca sus garras en nosotros, no encontremos en los demás sino compasión y gratitud, en vez del resentimiento y crueldad que cosechan los malos y codiciosos.



LA HORMIGA, LA PALOMA

Y EL CAZADOR

Hubiérase ahogado cierta hormiga que cayó en una laguna, si una caritativa paloma no le hubiese alargado desde el árbol en que se hallaba una pequeña rama, en la cual pudo salvarse. Llegó en esto un cazador y dispuso su arco para disparar contra la paloma ; pero, observando el gesto la hormiga y considerando el peligro que corría su bienhechora, apretó el paso, adelantóse, y dando al cazador un fuerte picotazo en el pie, le hizo volver la cara y soltar la flecha. Al ruído que hizo ésta al caer advirtió el peligro la paloma y se echó a volar.

Debemos agradecer los beneficios que se nos hagan ; la diminuta hormiga no debe ser más que nosotros.



EL AGUILA Y LA RAPOSA

Con intención de darles de comer a sus hijos, un águila robó los suyos a una raposa. Esta corrió en seguimiento de aquélla, suplicándola insistentemente que le devolviera su cria; pero el águila, creyéndose más fuerte y poderosa, despreciaba sus ruegos. Enfurecida en el más alto grado la raposa, encendió debajo del árbol donde se encontraba el nido del águila una enorme hoguera. Pronto las llamas y el humo de ésta llegaron al nido del águila. Y temiendo la reina de las aves que perciesen sus hijos, tuvo que devolver los suyos a la raposa para que apagase el fuego.

No se debe causar daño a los débiles, porque, irritándose, encontrarán el medio de devolver mal por mal.



EL PERRO Y LA TAJADA DE CARNE

Pasando junto a un río, un perro que llevaba en la boca una tajada de carne, divisó el reflejo de ésta dentro del agua; y, pareciéndole mayor el trozo que veía que el que poseía, soltó éste, con lo que se quedó sin el falso y sin el positivo.

Así suele ocurrirle al codicioso, que pierde lo propio al tratar de apoderarse de lo ajeno.



EL RATÓN, LA RANA Y EL MILANO

Necesitando un ratón pasar un río, pidió por favor a una rana que le ayudase a efectuarlo ; pero ésta, concibiendo al punto la mala idea de ahogarle, respondióle :

—Consiento gustoso en pasarte ; mas, para ello, has de atar tu pata a la mía.

No barruntando sus malos propósitos el ratón se dejó sujetar ; pero como, una vez en el río, la rana principiase a meterse debajo del agua, rompió a chillar, haciendo mil esfuerzos para mantenerse encima.

Divisóles en esta lucha un milano, y clavando sus uñas en el ratón, que nadaba a flor de agua, arrebató a entrambos animales, gracias a las ligaduras que los mantenían juntos, y en un santiamén los hizo pedazos.

Muy amenudo los que abrigan malos intentos y se proponen perjudicar al prójimo, labran su propia desgracia.



EL LEÓN, EL CIERVO,

LA CABRA Y LA OVEJA

Recorriendo, al parecer en perfecta armonía, las sierras, un león, una oveja y una cabra lograron cierto día, cazar un ciervo. Dividieronle en cuatro partes, y ya se disponía cada cual a apoderarse de la suya, cuando dijo el león, con rostro huraño :

—La primera parte me pertenece porque soy león ; a la segunda tengo derecho porque soy más fuerte que vosotros ; me otorgo la tercera porque trabajé más que todos, y si alguien me disputa la cuarta le haré añicos.

De esta suerte se apropió todo el ciervo.

No es conveniente acometer empresas con los poderosos, que generalmente se quedan el provecho, dejando a los débiles el trabajo.



LAS DOS OLLAS

Salióse un río de madre, arrastrando en su corriente, entre otros mil objetos, dos ollas, una de cobre y otra de barro. Por ser más ligera iba ésta delante, en tanto que la de cobre, a causa de su peso, quedábase más atrás cada vez. Sin embargo, decía a la otra que la esperase un poco, para tener el gusto de ir juntas, y que no abrigase el menor temor, pues no la haría daño alguno; pero contestó la de barro que, aun agradeciendo sus buenos deseos, no quería detenerse, porque el movimiento de las aguas las podía hacer chocar, y, como más frágil, se haría añicos.

No tengáis por amigos a los más fuertes, pues éstos pueden haceros daño, pero no recibirlo de vosotros.



EL ARBOL Y LA CAÑA

Arrancado por una furiosa tempestad un árbol cayó al río, y, arrastrado por la corriente, fué a chocar contra una débil caña, sin que ésta se quebrase. Como se sorprendiera el árbol de que la caña permaneciese firme a pesar del tremendo vendabal, oyó que le decía :

—No debe sorprenderte el que yo no sufra el menor daño, porque me doblo y cedo con facilidad a todos los vientos, en tanto que tú, pretendiendo resistirlos, fuiste por ellos arrollado y tronchado.

Debemos siempre ceder a los que pueden más que nosotros, a fin de que se aplaque su ira.



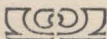
EL CUERVO Y LA RAPOSA

En la copa de un árbol, un cuervo se ocupaba en devorar un queso que robado había. Con intención de arrebatarle la presa, una raposa que le vió se puso a adularle de esta suerte :

—En verdad, bella ave, no hay, entre todos los pájaros, uno que tenga el plumaje tan lustroso como el tuyo, tu apostura y tus elegantes ademanes. Si es tu voz tan hermosa como bello tu cuerpo, no conozco ave que pueda competir contigo.

Engreído el cuervo con esta alabanza, y deseando probar a la raposa que la belleza de su voz corría parejas con la de su aspecto, rompió a graznar, lo que hizo se le cayera del pico el queso, con el cual huyó la raposa.

Debemos desconfiar de los que nos alaban, porque su propósito suele ser engañarnos.



EL RATÓN CIUDADANO

Y EL RATÓN CAMPESINO

Habiendo salido de paseo un ratón que vivía en la ciudad, fué convidado por otro que moraba en el campo, y en la guarida del último comieron ambos alegremente bellotas, habas y cebada. Deseando corresponder a la fineza, invitó, a su vez, el ratón ciudadano al ratón campesino, y cuando ambos se encontraron en la repleta despensa de un palacio, dijo el ratón de la ciudad al campesino :

—Compañero, come cuanto gustes sin miramiento alguno, pues las provisiones son aquí siempre abundantes y variadas.

Engullían, en efecto, apetitosos bocados, cuando he aquí que, de pronto, y con gran ruido, abre la despensa el cocinero. Asustados los ratones huyen cada cual por su lado, consiguiendo el de la casa, que conocía bien los rincones, ponerse enseguida en salvo, en tanto que el campesino se desvivía buscando un escondrijo. Marchóse, finalmente, el cocinero,

y habiendo vuelto a salir los ratones, el de la ciudad dijo al campesino :

—Acércate y sigamos comiendo. Mira qué excelente cosa acabo de descubrir.

—Muy bueno es eso, y muy superior es aquí todo, efectivamente—contestó el del campo ; —pero, dime : ¿ ocurre con frecuencia en tu casa lo que acaba de suceder ?

—Sí—dijo el otro ;—pasa a cada momento, y por lo mismo no debemos hacer caso de ello.

—¡ Hola ! ¡ hola !—exclamó el campesino. ¡ Conque ocurre muy amenudo ! Pues entonces, reconociendo que vives rodeado de sin par opulencia, confiésote que más quiero mi pobreza tranquila que la inquietud de tu abundancia.

Muchas veces los ricos debieran envidiar a los pobres, y no éstos a aquéllos.





El pavo real y la diosa Juno

EL PAVO REAL Y LA DIOSA JUNO

Se quejaba el pavo real a la diosa Juno de que no le hubiese dado, en lugar de su canto tan chillón y antipático, la melodiosa voz del ruiseñor.

Para consolarle, la diosa le dijo :

—No te niego que el ruiseñor canta mejor que tú ; pero, en cambio, tú le aventajas en tamaño, gallardía y belleza : adornan tu cuello los colores de la esmeralda, y cuando haces la rueda formas con tu cola un aro que parece de piedras preciosas.

—Pero, ¿de qué me sirve tan vistosa presencia—replicó el pavo real,—si un ave tan diminuta como el ruiseñor me supera por la voz?

A lo que contestó la diosa :

—El mérito fué distribuído entre todos según la voluntad de los hados. Tú tienes la belleza, el águila la fuerza, el ruiseñor la melodía en la voz, el gallo la particularidad de anunciar el alba, y todos están satisfechos con lo suyo ; conténtate, pues, con lo que en suerte te tocara.

Contentaos con lo que recibierais de vuestro Creador, pues El mejor que vosotros sabe lo que os conviene.



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
BERKELEY
CALIFORNIA

EL CAMELLO Y LA PULGA

Posándose sobre la carga que llevaba un camello, cierta pulga se envanecía de ser más que él, puesto que iba encima. Por último saltó al suelo, diciéndole :

—Conozco, amigo mío, que peso demasiado, y como me inspiras compasión no quiero que me lleves más tiempo.

—Ilusorio es el favor que pretendes hacerme —respondió el camello,—pues tu cuerpo no aumenta ni disminuye mi carga lo más mínimo.

Ridículos se hacen los que, no pudiendo nada, ofrecen su protección.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EL ENVIDIOSO Y EL AVARO

Un avaro y un envidioso rogaban a Júpiter que satisficiera sus deseos. Envió el padre de los dioses a Apolo para que viese qué querían, pero con la condición de que uno de ellos pidiera el primero, para que el segundo recibiese doble de lo que el otro hubiere solicitado. Enterados de estas condiciones, el avaro quiso que pidiera primeramente el envidioso, para tener el doble de las riquezas que supuso pediría ; mas, viendo el envidioso que, siendo el primero en pedir, recibiría el avariento doble que él, pidió que le sacasen un ojo, para que le sacaran los dos al avaro.

Tan perversa es la envidia, que el envidioso perjudicase a veces a sí mismo con tal de perjudicar a los demás.



LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Cierto día de invierno, la hormiga sacó al sol, para que se acabase de secar, el trigo recogido durante el verano. Viendo aquellas provisiones, una hambrienta cigarra se acercó y le rogó que le diese parte de ellas, a lo que la hormiga respondió:

—¿Qué hiciste, amiga mía, durante el verano, mientras yo trabajaba en reunir ese trigo?

—Cantaba por los sotos—respondió la cigarra,—pensando que jamás llegaría el invierno.

—Pues si entonces cantabas—repuso la hormiga,—ocúpate ahora en bailar.

La holgazanería y la imprevisión conducen siempre a la miseria.



EL LEÓN VENCIDO POR EL HOMBRE

En un viaje que hacían juntos, un hombre y un león llegaron a un lugar en que había un grupo escultórico que representaba un hombre sujetando a un corpulento león.

—Eso que aquí ves—dijo el hombre a su compañero de viaje, mostrándole la escultura, —prueba que nosotros los hombres, somos más fuertes y poderosos que vosotros los leones.

A lo que contestó el rey de las selvas :

—Si entre nosotros hubiese escultores, verías representados en sus obras muchos más hombres descuartizados por leones, que leones muertos por hombres.

Cada cual cuenta las cosas como conviene a su orgullo personal y al de su especie, atribuyéndose hazañas nunca realizadas.



EL LOBO Y LOS PASTORES

Apaleaban y apedreaban ciertos pastores a un lobo que tenían cogido en una trampa ; pero, compadeciéndose uno de ellos, suplicó a los demás que no lo matasen, y conseguido esto le echó algunos pedazos de pan. En cuanto anocheció todos se fueron a sus chozas, imaginándose que moriría el lobo ; pero, recobrando éste sus fuerzas, salió de la trampa y fué a su madriguera. Pocos días después, deseando vengarse de los pastores acometió a sus ganados y dió muerte a buen número de reses. Enterado de lo que ocurría acudió presuroso el pastor que le salvara la vida y suplicó al lobo que no hiciese daño a las ovejas.

—Nada temas—le contestó el lobo,—pues sólo trato de perjudicar a los que me maltrataron.

Así como las buenas acciones reciben siempre un premio, las malas no quedan nunca sin castigo.

EL CABALLO, EL CIERVO

Y EL CAZADOR

Viendo un caballo a quien cierto ciervo ofendiera que no podía tomar venganza de su enemigo, por correr éste más que él, fué a casa de un cazador y le dijo :

—Voy a ponerte en condiciones de coger un hermoso ciervo, que te dará, cuando le hayas muerto con tus flechas o tu lanza, abundante carne, y además una piel y unos cuernos que podrás vender a buen precio.

—¿Cómo me las compondré para pillarlo?
—dijo el cazador movido de codicia.

—Muy sencillamente—respondió el corcel ;
—monta en mí, que te llevaré en su busca.

Obedeció el cazador ; pero, por más que corrió el caballo, no les fué posible alcanzar al ciervo, que se escondió en el bosque.

—Ya que no pudiste cogerlo—dijo entonces al cazador el caballo,—apéate, déjame sólo y vuelve a tu casa.

—No haré tal locura—replicó el cazador sin

desmontar.—He conocido lo mucho que vales, y como te tengo en mi poder, decido conservarte para mi regalo.

Los lazos que se disponen para los otros, sirven muchas veces para hacer prisioneros a los que los tienden.



EL AVARO Y SU TESORO

Resolvió un avaro vender cuanto poseía, convertirlo en oro y enterrar éste en un lugar conocido sólo de él. Desde el momento así que lo hiciera iba diariamente el tal avaro a recrearse contemplando su tesoro. Pero sucedió que, habiéndole descubierto un vecino, lo desenterró y se lo llevó. Cuando se vió robado el avaro se puso a llorar y arrancarse los cabellos. Y, enterado otro hombre de la causa de su desesperación, le dijo :

—Pero, ¿de qué te servía un tesoro escondido? Coloca una piedra en lugar de él, figúrate que es oro, y te servirá tanto como aquéllas riquezas porque suspiras.

La avaricia es un verdadero delito, puesto que, movido de ella, un individuo retiene sin provecho lo que haría la felicidad de otro u otros.



EL CARNICERO Y LOS CARNEROS

Encontrándose reunidos varios carneros, echaron de ver que entraba un carnicero, cogía uno de ellos y lo mataba. Vieron después que tomaba otro y degollábalo también, mas no se dieron por entendidos, sino que se limitaron a decirse :

—Le ha tocado a ese, mas no a mí ; por consiguiente, no me debo alarmar.

Pero el carnicero fué apoderándose de todos y matándolos. Y cuando llegó al último, éste le dijo :

—Merecido tenemos lo que nos ha pasado, por no habernos defendido al principio todos juntos.

Debemos auxiliar siempre a nuestros semejantes cuando les amenace algún peligro, porque muchas veces salvándolos a ellos nos salvamos nosotros mismos.



EL LEÓN Y EL ASNO CAZANDO

Habiendo un león salido a cazar en compañía de un asno, cuando se encontraron en pleno bosque el rey de la selva ordenó al jumento que rebuznase lo más fuertemente posible, para que se se asustasen y huyesen los animales, lo que le permitiría cazarlos con más facilidad. Obedeció el pollino, esforzando cuanto pudo la voz, y con el estruendo asustáronse y huyeron todas las bestias feroces que había en las cercanías, cegándolas de tal suerte el miedo que casi todas cayeron en las garras del león, el cual hizo en poco tiempo una espantosa carnicería. Viendo esto, dijo el jumento muy ufano:

—¿Qué opinas de la ayuda de mi voz?

—La encuentro maravillosa—contestó el león.—Tanto, que de no saber que eras tú, yo mismo me hubiese asustado y habría huído.

Lo que al asno le ocurre al fanfarrón, que asusta únicamente a quien no lo conoce.

EL ADIVINO

Diciendo se hallaba cierto adivino la buena-ventura a un lugareño, cuando alguien le fué a comunicar que acababan de abrir las puertas de su casa y robarle cuanto en ella había. En cuanto tal oyó el adivino echó a correr hacia su morada. Y al verlo, no faltó quien le dijera :

—¡Hola ! ¿ofreces adivinar la suerte de los otros y no supiste adivinar la tuya?

Procuremos llevar en forma nuestros negocios, en vez de aconsejar a los demás respecto a los suyos.



LA ZORRA Y EL LEÑADOR

Una zorra a quien perseguían de cerca unos cazadores, suplicó a cierto leñador que la dejara ocultarse en su choza, a lo cual accedió el hombre. Casi en el instante de desaparecer la zorra se presentaron los que la perseguían. Preguntaron al leñador si había visto a la zorra, a lo que contestó éste que no, pero indicando al propio tiempo con las manos y la vista el lugar en que estaba escondida. Los cazadores no comprendieron, y se marcharon. Salió entonces la zorra de su escondite, y pasando silenciosa por delante del leñador, íbase a marchar sin decirle una palabra.

—¿Qué significa esto?—exclamó el leñador—. ¿Acabo de salvarte la vida y ni siquiera me das las gracias?

—Amigo mío—respondió la zorra—. Si tus manos, tus gestos y tus obras fuesen tan excelentes como tus palabras, no me olvidaría de dártelas, y por cierto muy expresivas.

No espere agradecimiento el que con las acciones buenas mezcle las malas.

LOS DOS ENEMIGOS

Tan grande era el odio que se profesaban dos hombres que, habiéndose visto obligados a efectuar un viaje por mar en la misma embarcación, el uno se fué a popa y el otro a proa, por evitarse el disgusto de mirarse. Descadenóse de pronto una furiosa tormenta que puso en gran peligro el buque, y, en un momento en que parecía iban a perecer todos, el que se encontraba en la proa preguntó al piloto qué parte del navío era la primera que desaparecería en el agua, porque, si era la proa, donde su enemigo se encontraba, sucumbiría por su parte contento, con tal de haber visto perecer antes a su aborrecido contrario.

El odio es comparable a la envidia : el que lo abriga consiente en perderse con tal de perder al que motiva su negra pasión.



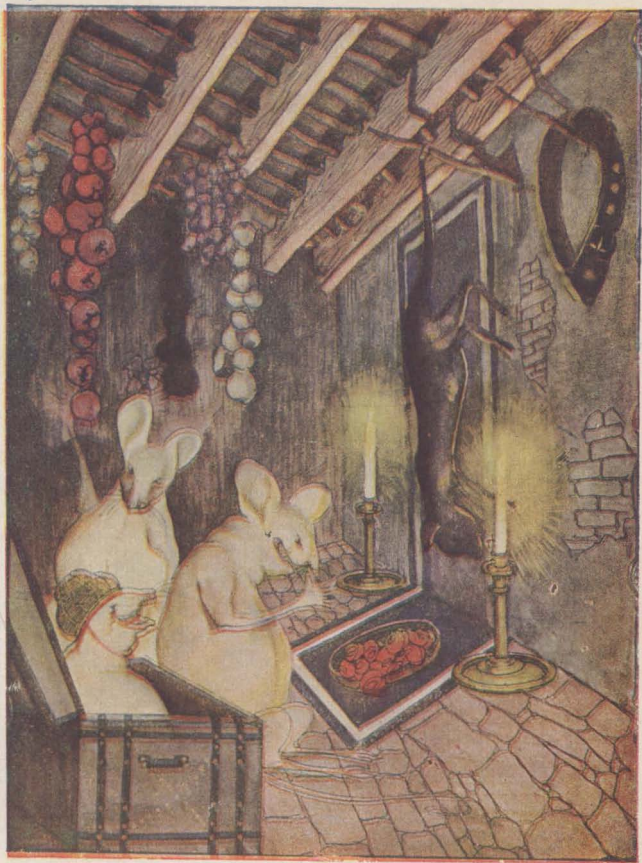
LA COMADREJA Y LOS RATONES

No pudiendo dar caza a los ratones por medios ordinarios, cierta comadreja debilitada por la vejez y los achaques púsose a acecharlos desde un montón de harina y cubierta por ésta. Pronto llegó un ratón, que, sorprendido al punto, tardó poco en perecer. De igual manera cazó la comadreja otro, después varios más; pero, presentándose un ratón que se había escapado varias veces de trampas y rato-neras, descubriendo el ardid de la comadreja, le dijo:

—Es inútil que permanezcas tan quieta, pues, por mucho que te empolves y cubras de harina, siempre te conoceré.

Esta fábula prueba, en primer lugar, que lo que no se consigue por la fuerza se logra aguzando el ingenio, y en segundo término que debemos estar siempre ojo avizor, si no queremos caer en traicioneros lazos.





El gato y los ratones

EL GATO Y LOS RATONES

Viendo que eran muchos los que caían en poder de cierto gato, decidieron los ratones no bajar de las alturas y permanecer siempre donde aquél no les pudiese alcanzar. No desanimó esto al gato, sino que, fingiéndose muerto, colgóse por los pies de un madero empotrado en la pared.

—Inútil es que hagas el difunto—díjole entonces un ratón sacando la cabeza por su agujero—, pues, conociendo sobradamente tus mañas, no me moveré de donde estoy.

Se puede engañar una vez al hombre prudente ; pero después las falsas palabras y las astutas maniobras de nada servirán con él.



LA MONA Y LA ZORRA

Rogaba cierta mona a una zorra que, puesto que tenía una cola tan larga, le diese un pedazo de ella para cubrirse las nalgas.

—Ya ves, amiga—decíala para convencerla—, que tienes demasiado rabo, en tanto que yo no tengo el que he de menester.

Riéndose a carcajadas al oír esto, la zorra contestó :

—Aunque tuviese cien veces más cola de la que tengo y hubiese de arrastrarla constantemente por entre barro y malezas, no te daría el pedazo de cola que te hace falta.

No debemos imitar a la zorra ; por el contrario, aunque pocos lo hagan, debemos dar a los menesterosos lo que nos sobre.



LA CODORNIZ

Decía una codorniz que había caído en un lazo :

—¡Pobre de mí! No intenté robar oro, plata, ni cosa alguna preciosa ; quise únicamente tomar un grano de trigo, y por él he perdido la libertad, es decir, la vida.

Son muchos los que, como la codorniz, exponen cosa de gran monta para lograr insignificantes beneficios.



EL PESCADOR Y EL PEZ

Disponíase cierto pescador a extraer de la red un pez muy pequeño que había caído en ella, cuando le oyó decir de pronto :

—Por lo que más quieras, ten compasión de mí. Ya ves que soy muy pequeño y de nada te sirvo. En cambio te prometo venir cuando sea mayor a este mismo sitio para que me pesques.

—Ignoro—contestó el pescador—si serías tan necio que cumplieses tu palabra ; pero sé sobradamente que no debo ser tan tonto que me fíe de ti y deje lo seguro por lo problemático.

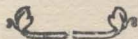
No se debe dejar nunca lo cierto por lo dudoso.



EL MERCADER Y EL ASNO

Deseando llegar cuanto antes al lugar a donde se dirigía, un mercader pegaba a cada momento con su vara al asno que llevaba los artículos objeto de su comercio. Siéndole imposible al animal ir más deprisa, renegaba interiormente de su suerte al verse castigado tan sin razón, y deseábase la muerte, pensando que una vez difunto dejaríanle en paz. Pero no fué así, pues cuando el trabajo y los palos arrebatáronle la existencia, el mercader le mandó desollar y con su piel hizo panderos.

No debe el desdichado desearse la muerte para acabar con sus desgracias, pues si su sino es tal, una vez muerto su cuerpo, continuará padeciendo su espíritu.



EL CIERVO Y EL BUEY

Para sustraerse a las miradas de unos cazadores que lo perseguían, entró un ciervo en un establo y rogó a un buey que allí comía que le permitiera ocultarse. No se opuso el buey a esta pretensión, pero advirtió al ciervo que no estaba allí seguro, porque no tardarían en entrar los criados y el amo.

—A pesar de todo—dijo el ciervo—me quedo aquí, porque, con tal que tú no me descubras, me parece que nada malo me sucederá.

Entraron, efectivamente, los criados, y ninguno reparó en el ciervo; pero poco después entró el amo, y registrando los pesebres y todos los rincones para corregir los descuidos de los criados, distinguió bajo un montón de heno los cuernos del ciervo, y llamando a su servidumbre le hizo dar muerte.

Muchas veces, mal aconsejados por el miedo y atontados por el peligro, los desgraciados piérdense a sí propios. Precisa, pues, no tomar precipitadas resoluciones en los grandes conflictos.

EL LABRADOR Y LOS PERROS

Habiendo terminado sus provisiones, cierto labrador degolló primeramente, para alimentarse, sus ovejas, luego las cabras y, finalmente, los bueyes que le servían para las labores del campo.

—Escapemos de aquí—dijéronse entonces los perros—, porque si el amo no perdonó ni aún a los bueyes, que tan útiles le son, ¿cómo ha de perdonarnos a nosotros, que, en comparación, de tan poco le servimos?

Apartaos, niños, de los que tratan despiadadamente a los que les sirven con fidelidad.



LAS MANOS, LOS PIES Y EL VIENTRE

Por la envidia impulsados, las manos y los pies dijeron un día al vientre :

—Tú sólo eres el que se aprovecha de nuestros esfuerzos, y no haces más que recibir el producto de nuestras fatigas, sin ayudarnos poco ni mucho ; pero nos hemos cansado de tu proceder y te manifestamos que puedes elegir entre tomar oficio y mantenerte con tu trabajo, o perecer de hambre.

A consecuencia de esta decisión de las manos y los pies quedó el vientre abandonado, y, como no recibiera alimentos, fué perdiendo su calor y debilitándose, con lo cual las demás partes del cuerpo se entorpecieron por grados, sobreviniendo, finalmente, la muerte.

De necios es afirmar que se basta uno a si solo para todo ; como en el cuerpo humano, en la sociedad unos miembros sirven a otros y todos se ayudan mutuamente.



EL MUCHACHO Y LA FORTUNA

Se acercó la Fortuna a un muchacho que se había quedado dormido junto a un pozo, y le dijo :

—Despierta y levántate de ahí, pues si te caes al agua todos me echarán a mí la culpa de ello, en lugar de culparte a ti, por tu imprudencia y tu necesidad.

Son muchos los que culpan a la Fortuna de desgracias que deben a su impresión o a su torpeza.



LOS LOBOS Y LAS OVEJAS

No pudiendo los lobos comerse las ovejas, custodiadas por los perros, enviáronles mensajeros encargados de manifestarlas su deseo de vivir en paz con ellas ; y, para mutua seguridad, les proponían la entrega en rehenes de los perros a cambio de los lobeznos, sus hijos. Cayeron en el lazo las ovejas, y en consecuencia pasaron los perros a poder de los lobos, y los hijuelos de éstos a poder de las ovejas. Mas, en lugar de vivir éstas en paz, conforme se figuraban, les sucedió todo lo contrario. Efectivamente, viéndose los cachorros de los lobos separados de sus madres pusiéronse a aullar, y los lobos, que habían descuartizado a los perros mientras dormían, al oír gritar a sus hijos corrieron a socorrerlos, y, pretextando que las ovejas habían faltado a su palabra, atormentando a los lobeznos, cayeron sobre ellas que, no contando con la defensa de los perros, fueron devoradas.

No se debe abandonar en manos del enemigo lo que constituya la propia defensa.

LOS DOS CANGREJOS

Decía un cangrejo hembra a su hijo, que, había echado de ver que andaba con las piernas torcidas, defecto del cual quería se corrigiese.

—Madre—respondió el joven cangrejo—, no hago sino lo que os veo hacer. ¿Cómo queréis que yo me corrija si vuestro andar es idéntico al mío?

No reprendáis a los otros sino cuando estéis seguros de que nadie os podrá reprender.



LA SERPIENTE Y LA LIMA

Entrando en el taller de cierto cerrajero, una serpiente se puso a roer una lima, que tomó por cosa comestible. Viendo su ignorancia, la lima le dijo :

—¡ Qué estúpida eres ! ¿ No ves que tus dientes no pueden desmenuzar los que pulveriza el hierro ?

No deben los débiles luchar contra los poderosos, porque, indudablemente, serán por ellos vencidos.



LA ZORRA, EL GALLO Y LOS PERROS

Acosada por el hambre, una zorra abalanzóse a unas gallinas y un gallo que, para librarse de ella, se subieron a la copa de un árbol. Viendo la zorra que no podría apoderarse de las pobres aves sino por la astucia, dijo al gallo :

—Escúchame atento, amigo, pues te traigo excelentes nuevas. Has de saber que se han firmado las paces entre todos los animales, por manera que entre nosotros no habrá ya más disputas ni disensiones. Baja, pues, con las gallinas ; nos reconciliaremos y te estrecharé contra mi pecho.

El gallo, que desde la copa del árbol vió que se acercaban a aquel sitio dos perros de caza, contestó a la zorra :

—Mucho me place eso ; y sin duda vendrán a traer la misma nueva dos lebreles que hacia aquí vienen corriendo.

—¡ Ah !—exclamó la zorra al oír el final de la anterior frase—. Lo malo es que ya no puedo esperar más ; tengo que marcharme.

—¿Por qué te vas tan deprisa?—dijo el gallo—. ¿No hay paz entre nosotros?

Pero la zorra huyó a toda prisa sin dar otra respuesta.

Debemos desconfiar siempre de nuestros enemigos, que muchas veces tratan de engañarnos con palabras amistosas.



LAS AVISPAS, LAS PERDICES Y EL LABRADOR

Pidieron agua a un labriego ciertas perdices y varias avispas que estaban sedientas, prometiendo las primeras, en cambio, no tocar a la viña para que diese más fruto, y ofreciendo las segundas ahuyentar con sus picadas a los ladrones. Luego de escucharlas, el labrador contestó a unas y a otras :

—Tengo dos bueyes que nada me prometen, pero me prestan grandes servicios, y prefiero darles de beber a ellos antes que a vosotras.

No se debe hacer caso de las promesas de los que nada pueden.



EL CABALLO Y EL ASNO

Encontrando en su camino a un cansado jumento pobremente ataviado, un robusto caballo enjaezado con gran riqueza, díjole en tono altanero, sin suspender su marcha arrogante y soberbia :

—¿Por qué no te haces al punto a un lado? ¡No sé cómo no te mato a coces!

Asustado, el infeliz jumento dejóle pasar. Pero sucedió que, transcurrido algún tiempo, aquel mismo caballo desmejoróse de tal modo que su amo le destinó a las labores campes- tres, por no servirle ya como animal de lujo. Y volviéndose a encontrar en su camino, díjole, a su vez, un día el asno :

—¡Cómo! ¿No eres tú aquel caballo tan soberbio que a todos atropellabas? ¿Qué se hizo tu antiguo brío y arrogancia, qué tu dorada silla y tu brillante aparejo? Amigo mío, eso les ocurre a todos los orgullosos.

No deben los poderosos maltratar a los débiles, porque, si pierden su influencia y sus riquezas, éstos serán los primeros en burlarse de ellos.



El león enfermo

EL LEÓN ENFERMO

Con intención de matar algunos animales para nutrirse con su carne, fingióse cierto león gravemente enfermo. Sin sospechar el engaño, acudieron a su guarida muchas pobres bestias, que él mataba y devoraba inmediatamente. Presentóse también la zorra, pero, inspirándole miedo el león, díjole desde fuera que sentía mucho su enfermedad.

—¿Por qué no entras?—preguntóla el león—. ¿Desconfías acaso de mí, cuando estoy tan débil que apenas puedo moverme? Nada temas, amiga; entra sin cuidado.

—No haré tal—replicó la astuta zorra—, porque veo, sí, las huellas de los que entraron, pero no las veo de que hayan salido.

No debemos dar crédito a todo lo que nos digan, porque a veces puede alguien tener interés en engañarnos.



LA ZORRA Y EL LOBO

Habiéndose enterado la zorra de que el lobo tenía en su madriguera abundantes provisiones, díjole en una visita que le hiciera, que le apreciaba tanto, que anhelaba vivir en su compañía.

—No has venido a verme porque me tengas aprecio—contestóla el lobo—, sino para ver si puedes quitarme algo de lo que poseo ; por consiguiente, no te agradezco la visita.

Resentida la zorra decidió vengarse, y, al efecto, descubrió a un pastor la cueva del lobo para que le matase. Pero el pastor mató igualmente a la zorra, lo que hizo decir a ésta, momentos antes de expirar :

—Merecido tengo lo que me ocurre, puesto que deseé la muerte del lobo impulsada por la envidia.

Debemos desechar esta pasión, que generalmente causa tanto daño al que la siente como al que la motiva.

EL ASNO VESTIDO DE LEÓN

Vistióse un asno con una piel de león que encontrara en un camino, y todos los demás animales se asustaban y huían al verle, por manera que se sembró el espanto en aquella comarca. Disfrutaba el jumento viéndose tan temido y respetado. Su dueño, que lo buscaba por todas partes, creyéndole perdido, asustóse también de pronto al verle; pero, reparando en una de sus largas orejas, que asomaba por debajo de la piel de león, conoció la treta y acercándose a él y despojándole del disfraz, le administró una tremenda paliza.

Al que aparenta ser, bajo cualquier concepto, lo que no es, generalmente no tarda mucho en ocurrirle lo que al asno de que trata esta fábula.



LOS CUADRÚPEDOS Y LAS AVES

Encontrándose en guerra las aves y los cuadrúpedos, trabaron cierto día ruda batalla, durante la cual, figurándose el murciélago que vencerían los últimos, desertó de los animales de pluma y se pasó al enemigo. Acaeció, no obstante, que, llegando a poco de esto el águila, animó de tal modo a las aves que, en un vigoroso esfuerzo, vencieron a los cuadrúpedos. Hiciéronse luego las paces, y todos condenaron al murciélago a ser despojado de las plumas en castigo de su perfidia, prohibiéndole además que se presentase a su vista, motivo por el cual el murciélago, a pesar de poseer alas no tiene plumas, y sólo sale por las noches.

No debe abandonarse a los amigos en los momentos de adversidad y peligro, si se quiere disfrutar su favor en los días de prosperidad.



EL ASNO Y EL LOBO

Un lobo como no pudiera cazar otros animales, por ser ya muy viejo, ideó matar a un asno que pacía en el campo. Con tal fin se fingió médico, y acercándose solícito al rocín, preguntóle qué tal estaba de salud ; pero el asno, barruntando las malas intenciones del lobo, respondióle que no estaba completamente bueno, por tener una espina en el pie, la que agradecería sumamente le extrajese. Consintió el lobo en hacerlo, siempre con intención de matarle ; pero colocándose el asno en posición favorable a su intento, dióle un par de coces que le dejaron tendido en tierra. Huyó luego el asno, y cuando el lobo recobró el sentido, dijo entre dientes :

—Merecido tengo lo que me ha pasado, porque mi intención era matarle.

Más que al enemigo declarado debemos temer al que, fingiéndose amigo, trata de perjudicarnos.

LA RANA Y LA RAPOSA

Echóse una rana fuera de sus lagunas y confundióse con los otros animales, ponderándoles que sabía más medicina que todos los médicos. Pero la raposa dijo a los irracionales :

—No le hagáis caso. ¿Cómo podéis creer que la rana sea un buen doctor, si no sabe curarse a sí misma? Si tan buen médico fuese, no estaría tan enferma como demuestra su boca, y hubiese principiado por curarse a sí misma.

No se debe hacer alarde de poseer conocimientos que no se tienen, porque el engaño no tardará en descubrirse, poniendo en ridículo al presuntuoso.



LA CABRA Y EL BUEY

Se burlaba una cabra de un buey que estaba arando, porque trabajaba sin sosiego, al paso que ella no hacía más que correr y saltar todo el día. Pero sucedió que, llegando una festividad en que se hacían sacrificios a los dioses, cogieron sus amos a la pobre cabra y la degollaron.

—¡Hola!—exclamó el buey, contemplando el fin que tenía el holgazán animal—. ¿Te parece ahora tan magnífica tu gandulería?

La ociosidad conduce siempre a graves infortunios.



EL GRAJO Y LOS PAVOS REALES

Engalanóse un grajo vanidoso con plumas que se le cayeron a un pavo real, y, desdeñándose de alternar con los otros grajos, introdujose en la manada de los pavos reales. Echando de ver en seguida que no pertenecía a su especie, éstos le despojaron de las plumas hurtadas y le ahuyentaron a picotazos. Viéndose de tal suerte maltratado, el grajo hubo de volver con sus compañeros ; mas éstos no le quisieron ya tampoco, y colmándole de invectivas, le dijeron :

—Sí, conformándote con tu suerte, hubiéste contentado con vivir entre nosotros, no habrías sufrido aquella vergüenza, ni serías ahora despreciado por nosotros.

Debemos conformarnos con nuestro estado, si no queremos, al buscar otro en apariencia más hermoso, recoger sinsabores y oprobio.



EL LOBO, LA ZORRA Y EL MONO

Acusaba el lobo a la zorra de haberle robado cierto objeto, y, para dilucidar la cuestión presentóse con ella ante el juez, que era un astuto mono. Insistió el lobo en que tenía razón, y trató de probar la zorra que era inocente. El mono, luego de escucharlos, pronunció esta sentencia :

—Nada prueba, lobo, que tú hayas perdido lo que reclamas ; pero creo perfectamente que tú, zorra, has hurtado lo que taimadamente niegas.

Y levantóse, dando a entender a los litigantes que se podían retirar.

No se debe cobrar fama de malvado, pues al que tal la gana no se le da crédito, si alguna vez se queja o reclama justamente.



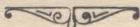
LA RANA Y EL BUEY

Antojósele a cierta rana que conseguiría ser tan grande como un buey que pacía allí cerca, si lograba hinchar su pellejo, y con tal fin llevó a cabo tan extraordinarios esfuerzos que, creyéndose ya del tamaño deseado, preguntó a sus hijos si había crecido bastante. Como le contestaran que no, continuó hinchándose, preguntándoles nuevamente cómo la encontraban.

—En balde te esfuerzas, madre—contestáronle sus hijos—, pues nunca aumentará tu corpulencia.

Al oír ésto hizo la rana un violento esfuerzo, merced al cual no logró hincharse, sino que reventó.

No debe ambicionarse más de lo que buenamente se pueda conseguir, pues lo contrario puede ocasionar nuestra desgracia.



EL LEÓN Y EL PASTOR

Recorriendo un bosque en que abundaban las zarzas, un león clavóse en la mano una espina que, causándole gran dolor, impidióle seguir su camino. La casualidad quiso que encontrase un pastor, y llegándose a él principió a menear la cola y mostrarle la mano. Aterrorizado el pastor le puso delante algunas reses para que comiese; mas el león, que lo único que deseaba era que le extrajese la espina, se acercó más a él y consiguió que, viéndole la mano hinchada, el pastor comprendiese su deseo y le librase del motivo de sus males. En cuanto se sintió aliviado, sentóse el león junto a su improvisado curandero y le lamió las manos; luego se levantó y marchóse. Algunos años más tarde el león fué cogido en un lazo, y encerrado con otras fieras destinadas a destrozar en el circo a los malhechores. Precisamente el mismo pastor había cometido un delito, por el que estaba condenado a muerte. Mas sucedió que, una vez puesto en el anfiteatro, echáronle casualmente, aquel

mismo león, que en lugar de abalanzarse a él, acercósele mansamente, se sentó a su lado y le defendió de las otras fieras. Sorprendiéronse los espectadores, y habiendo el pastor referido la causa del suceso, él y el león recobraron la libertad.

No se debe ser ingrato con aquellos de quienes se recibió un beneficio.



EL MÉDICO Y EL DIFUNTO

Entró cierto médico en casa de uno de sus clientes que acababa de expirar, y contemplando cómo le amortajaban, dijo :

—Este hombre no habría muerto si hubiese tomado lavativas y no hubiese bebido vino.

—¡ Lástima grande es, doctor—respondió intencionadamente uno de los circunstantes— que hayáis guardado para tan tarde este consejo, que de ninguna utilidad es ya !

Inútiles son los consejos cuando se espera demasiado para darlos.



LOS DOS PERROS

Porque tenía la costumbre de morder a todo el que encontraba en su camino, puso su amo a un can un cencerro, para que las gentes apartáranse de él; y figurándose el animal que aquello constituía una distinción que le hacía su dueño por preferirle a los otros, no hacía caso de los de su raza. Viendo esto un perro viejo, le desengañó, diciéndole que únicamente por ser de mala índole y como testimonio de su maldad le había puesto aquel cencerro. Avergonzado entonces y confundido, el perro se escondió y no quiso volver a presentarse ante los que le conocían.

Muchos se envanecen y hacen gala de lo que debiera avergonzarlos.



LA CABRA, EL CABRITO Y EL LOBO

Teniendo necesidad de abandonar su establo, dijo la cabra al cabrito, que debía permanecer en él; que de ningún modo abriese a nadie, pues eran muchos los animales feroces que divagaban por las cercanías acechando la ocasión de penetrar en las cuadras y devorar los ganados. Presentóse en breve el lobo, y fingiendo la voz de la cabra llamó a la puerta, y ordenó al cabrito que abriese. Pero el cabrito, que mirando por una rendija había visto al lobo, hablóle en estos términos:

—Sé de sobras que eres mi enemigo, y que con fingida voz pretendes entrar para devorarme; pero te puedes marchar porque no te abriré.

Se debe seguir siempre el consejo de los mayores, y sobre todo el de los padres, pues haciéndolo así se evitarán muchos disgustos y peligros.



EL PAVO REAL Y LA GRULLA

Un pavo real y una grulla disputaban acerca de cual debía mejores prendas a la naturaleza, y abriendo el primero su cola, afirmaba que aquel abanico de vistosas plumas no tenía cosa que le igualara.

—Confieso—respondió la grulla,—que eres más hermosa ave que yo ; pero, si tu plumaje es más bello que el mío, en cambio no puedes volar, al paso que yo con el mío me puedo levantar y elevarme hasta las nubes, por encima de todas las maravillas del universo.

No se debe menospreciar a nadie, porque cada cual posee una cualidad o una perfección que no existe en los otros.





El león enamorado

EL LEÓN ENAMORADO

Habiéndose un león enamorado de la hija de un labrador, pidióselo formalmente por esposa. Conforme puede suponerse, el campesino se negó en el primer momento a dársela, sorprendido de oír proposición tan extravagante. Pero como, lejos de conformarse, pusiérase el león a rechinar los dientes y amenazar a todos, el buen padre, deseando preservar su vida y la de los suyos, juzgó prudente contemporizar con él. En consecuencia le dijo que no tenía inconveniente en cederle su hija; pero que para ello había de dejarse cortar las uñas y los dientes, a fin de que la doncella no se atemorizase. Consintió en todo el enamorado león; más hubo de pesarle, porque, en cuanto le vió desarmado, el labrador la emprendió a palos con él y le arrojó de su casa.

De ninguna manera se debe abandonar en poder de los adversarios lo que, en las contiendas o en los negocios, constituya nuestra fuerza.

EL ASNO Y LAS RANAS

Atravesando una laguna cierto asno cargado de leña, dando un tropezón cayóse en medio del agua; y, viendo que, por más esfuerzos que hacía, no le era posible levantarse, lanzaba amargos lamentos. Al escuchar sus lastimeros ayes, las ranas que moraban en la laguna, le dijeron:

—Te quejas, amigo, y apenas hace un momento que caiste. ¿Qué harías si llevases en la laguna tanto tiempo como nosotras?

Lejos de entristecernos y desanimarnos los sinsabores y contrariedades de la vida, deben prestarnos nuevos bríos.



LA MUJER Y LA GALLINA

Poseía cierta mujer una gallina que ponía un huevo diario, y figurándose que si la alimentaba más, pondría dos o tres huevos en vez de uno, principió a darla grandes cantidades de comida. Pero sucedió que, conforme la gallina fué engordando, y engordó de prisa, fué dejando de poner, hasta que finalmente no puso ni un solo huevo.

La excesiva abundancia es a veces tan perjudicial como la excesiva escasez.



EL BUITRE Y LAS OTRAS AVES

Diciendo que deseaba celebrar el aniversario de un nacimiento, convidó cierto buitre a las otras aves menores a cenar; pero, cuando las tuvo dentro su madriguera, cerró la entrada y las mató a todas.

Costumbre es de los poderosos halagar y considerar a los humildes cuando necesitan engañarlos.



LA ENCINA Y LA CAÑA

Burlándose de la delgada caña, una robusta encina, decíala en tono compasivo :

—¡ Cuán frágil eres ! ¿ Por qué no permaneces tan derecha como yo, en vez de bajar la cabeza a la más leve brisa ? Contempla cómo levanto yo mi copa hasta las nubes, sin humillarme por nada y resistiendo a los más recios huracanes.

Desencadenóse a poco una furiosa tempestad que no hizo más que doblar la caña, en tanto que arrancó de raíz la soberana encina.

Las contrariedades de la vida alcanzan lo mismo a los poderosos que a los humildes ; no debemos, pues, envanecernos de estar libres de un golpe impetuoso que, en un momento, puede destruirnos.



EL CUERVO Y LA SERPIENTE

El cuervo divisó una serpiente que se había quedado dormida en el hueco de una piedra, y volando hasta ella cogióla con el pico e intentó llevarsela ; pero, despertando de pronto, la serpiente enroscóse a su cuello y lo mató.

—¡ Infeliz de mí !—exclamó el cuervo antes de expirar—¡ Cuán cara me ha costado mi presa !

Se debe pensar bien las cosas antes de hacerlas, pues son muchos los que pierden la salud y aun la vida, creyendo labrar su felicidad.



EL REY Y LAS MONAS

Cierto rey de Egipto a quien gustaba mucho divertirse, hizo que enseñasen a bailar algunas monas, y después de hacerlas vestir con ricos trajes, convidó a varias personas para que fuesen a verlas danzar. Hacíanlo con gran perfección y seriedad; pero, ocurriéndosele a uno de los espectadores echarles algunas nueces, descompúsose el baile, porque las monas abalanzáronse a aquellas nueces, pegándose unas a otras, arañándose y rasgándose los vestidos, con gran risa de los presentes.

El hábito no hace al monje, dice un refrán español. Por bien que finjan ser buenos, los malos serán siempre descubiertos.



JÚPITER Y LA MONA

Antojósele a Júpiter tener en su presencia a todos los animales con sus pequeñuelos para saber cuales de éstos eran los más hermosos, y al efecto los mandó reunir. Sumamente ufana se presentó entre todos la mona, que mostrando su hijo a Júpiter, le dijo que, sin duda alguna, su pequeñuelo aventajaría a todos, por ser el más bello de cuantos allí se hallaban presentes. Al oír esto Júpiter no pudo menos de reírse, y le contestó con tono de reconvención.

—Si no quieres que todos se burlen de ti, no te alabes a tí misma ni ensalces tus cosas de esa manera.

Ridícula vanidad es alabarse a sí propio, porque el mérito del individuo saben ya los otros reconocerlo y alabarlo, y, si no existe, hácese objeto de mofa al pretencioso.—«El que se alaba, se ensucia», dice un refrán italiano.

EL CORNETA

Un corneta que en cierta batalla animaba a los soldados en la pelea con los sonidos de su instrumento tuvo la desgracia de caer en poder del enemigo ; y, para que no lo matasen, alegaba la circunstancia de no haber tomado parte en la contienda, pues su misión había-se reducido a sacar sonos de su instrumento.

—Esa misma circunstancia agrava tu delito —contestáronle sus contrarios—, pues, si bien no peleabas, avivaste el ardor de los otros con tus toques.

Merecen más castigo los que incitan a los otros a cometer un delito, que los mismos que lo llevan a cabo.



LOS CUATRO BUEYES

Cuatro bueyes, que siempre pacían juntos en los mismos prados, juráronse eterna amistad, y cuando el lobo los acometía, defendíanse tan bien, que jamás pereció ninguno.

Reflexionó el lobo, y reflexionó bien, que mientras permanecieran unidos, nada podría contra ellos, y, en consecuencia, ideó indisponerlos entre sí, diciendo a cada uno en particular, que los otros murmuraban de él y le odiaban. De este modo logró que nacieran las sospechas entre los cuatro bueyes, y de tal suerte crecieron éstas, que por fin, recelosos, los antes tan hermanados animales, rompieron su alianza y se separaron.

Entonces el lobo los fué cazando y matando uno a uno.

Antes de morir el último buey, dijo :

—Únicamente nosotros tenemos la culpa de nuestra muerte, pues, escuchando los malos consejos del lobo, no permanecemos unidos, lo que a él le ha permitido, aisladamente, devorarnos con facilidad.

La discordia puede acarrear la completa destrucción de los más poderosos.



LA ABEJA Y JÚPITER

Haciendo sacrificio a los dioses, la abeja ofreció miel a Júpiter, y tanto le gustó a éste que le prometió concederle cuanto solicitara. Suplicóle entonces la abeja que le otorgase la gracia de dar la muerte con su picadura a cuantos se acercasen a despojar sus colmenas. Y habiendo meditado Júpiter, que profesaba afecto a los hombres, acerca de tal petición, contestó a la demandante :

—Te concedo el que, si al picar dejas el aguijón, muráis tú y el hombre, y que tu vida sea el mismo aguijón con que puedes dar muerte.

Las desgracias que deseamos a nuestros enemigos, acométenos muchas veces a nosotros.



EL CAZADOR Y LA CIGÜEÑA

Queriendo un cazador apoderarse de ciertas grullas, tendió sus redes en el campo; y como cayera en éstas una cigüeña, decíale que la pusiese en libertad, pues era inofensiva y no causaba daño a los sembrados, como las otras aves.

—No te soltaré— replicó el cazador—, porque ibas en compañía de las grullas, que ocasionan graves perjuicios en los campos. Ya que te juntas con los malos, sufrirás la muerte con ellos.

Se debe buscar la compañía de los buenos, pues la de los malos sólo perjuicios puede acarrear.



LA RAPOSA Y EL GATO

Conversando con un gato, alabábase la raposa de saber muchos medios distintos de preservar su vida, a lo que contestaba el felino que no era tan sabio, pues sólo confiaba en su ligereza en trepar para sustraerse a los peligros. Aparecieron de pronto unos perros, y el gato pudo escaparse trepando a un árbol, en tanto que la raposa, por no saber hacer lo propio, cayó en poder de los canes.

Más vale saber una cosa útil que muchas inútiles.



EL NEGRO Y SU AMO

Un ricacho compró un negro, persuadido de que obligándole a lavarse y asearse le haría perder el color obscuro que, en su concepto, provenía únicamente de la falta de limpieza. Hízole dar con este objeto infinidad de baños y lo lavó de mil maneras, pero, en lugar de conseguir que el negro se volviera blanco, lo único que logró fué hacer enfermar al infeliz.

Difícil, si no imposible, es destruir los defectos que provienen de la naturaleza.



EL ENFERMO Y EL MÉDICO

Preguntaba a un enfermo su médico qué tal se encontraba, a lo que contestó el paciente que había tenido un sudor muy copioso y luego un gran frío.

—Síntomas son esos de mejoría—dijo el médico,—que luego preguntó :

—¿Y cómo va el estómago?

—Mal—contestó el enfermo ;—hago las digestiones muy difícilmente.

—Buena señal también—añadió el médico.

Mas apenas se había éste ausentado, cuando el enfermo decía a sus criados, al preguntarle éstos cómo se encontraba :

—Según el médico, todas las incomodidades que experimento son síntomas de alivio ; pero la verdad es que yo me muero, a pesar de lo que el médico asegura.

Debemos desconfiar de los que, para no disgustarnos, en lugar de descubrirnos una amarga verdad nos dicen cosas agradables.



La zorra y la cigüeña

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA

Convidó una zorra a cenar a una cigüeña, y para burlarse de ella la sirvió por todo alimento un poco de caldo en una fuente plana, de manera que la cigüeña nada pudo coger con el pico. Transcurridos unos días convidó a su vez la cigüeña a la zorra, y le presentó una redoma llena de jigote. La zorra nada comió, por no poder meter el hocico en el recipiente; pero la cigüeña, gracias a su largo y estrecho pico, trasladó el jigote a su estómago, con gran enfado de su convidada, a quien dijo:

—Amiguita, tú me hiciste ayunar, y hoy te pago con la misma moneda, pues a una burla se contesta con otra burla.

El que trata mal a los otros, no será bien tratado por ellos.



EL CAMELLO Y JÚPITER

Considerando el camello que no era justo que los toros tuviesen cuernos para defenderse y él no poseyese defensa alguna, se quejó a Júpiter, diciéndole que era muy extraño que los toros tuviesen astas, los puercos colmillos, los erizos púas, los gatos uñas, y así todos los animales, exceptuándose a él, que era de los más corpulentos. Enfadado, Júpiter, díjole entonces :

—Ya que no estás contento con lo que de la naturaleza recibiste, quítote las orejas.

Y se las arrancó.

Los que codician lo ajeno se exponen a perder lo propio.



EL LOBO Y EL CHIVO

Perseguido por un lobo, subióse cierto chivo a un peñasco, del cual no quería bajar, porque observó que el lobo quedaba en acecho. Acometido a poco de gran sed, fué a beber a un arroyo, y contemplando su figura en el agua díjose orgulloso.

—¿Puede ser que un animal como yo, con mis piernas, mis cuernos y mi barba, tema a un sólo lobo? En lo sucesivo le esperaré, y no huiré de él como hasta hoy.

Oía esto el lobo, que estaba detrás, y abalanzándose al infeliz chivo, le dijo:—¿Qué hablas ahí, chivo vil? ¿A qué vienen esas bravatas?

—Señor lobo—contestó el chivo con voz lastimera.—Reconozco que mi presunción no puede ser más vana; perdonad, pues, mi osadía.

Pero el lobo no quiso hacer caso de esta súplica, y de una dentellada lo dejó cadáver.

Las bravatas con los poderosos redundan siempre en perjuicio de los humildes.

LA RAPOSA Y EL GALLO

Apoderóse la raposa de un gallo, y la gente echó a correr tras ella, gritándole que lo dejase, pues no era suyo. Oyendo esto el gallo, dijo a la raposa :

—¿No escuchas lo que dicen esos campesinos? ¿Por qué no les contestas? Díles que soy tuyo, y no de ellos, y que no reclamen su gallo, pues el que llevas en la boca te pertenece.

Encontró acertadas estas razones la raposa, y abriendo la boca para repetir a sus perseguidores lo que le dijera el gallo, éste pudo escaparse y, volando, encaramose a la copa de un árbol, desde donde aseguró a la raposa que mentía, pues pertenecía a los campesinos.

El hablar inoportunamente casi siempre acarrea perjuicios y disgustos.



LOS DOS GALLOS

En sangrienta pelea, un gallo venció a otro que hasta entonces había sido jefe y, mientras se escondía éste lleno de vergüenza, subió el vencedor a un tejado y, entre grandes alaridos, publicó cantando su victoria. Mas no pudo vanagloriarse de ella por mucho tiempo, pues divisándole un águila cayó sobre él, arrebatóle con sus garras y lo despedazó. Entonces el vencido, viéndose desembarazado de su enemigo, salió de su escondite y volvió a ser rey del gallinero.

No se debe confiar demasiado en los días de tranquilidad, porque detrás de ellos vienen, tarde o temprano, los de lucha.



EL VIEJO Y LA MUERTE

Regresaba un anciano del bosque, y como el haz de leña, que allí cogiera y con el cual iba cargado, pesárale mucho, sentándose un momento púsose a quejarse de los trabajos que sufría y a llamar a la muerte con grandes gritos, diciendo que ya no podía más, que su desesperación había alcanzado el último límite. Surgió de pronto la muerte ante él, preguntándole qué quería ; pero al mirarla el viejo mudó de parecer, y, temblando, la dijo :

—No es nada ; sólo te llamaba para que me ayudases a echarme al hombro esta leña.

No debe por despecho desearse lo que no convenga, pues puede suceder que nos lo impongan a nuestro pesar, causando nuestra desgracia.



LOS DOS AMIGOS Y EL OSO

Dos amigos que caminaban juntos por cierto bosque, vieron de repente que un oso corría hacia ellos, y de tal manera que el uno sólo tuvo tiempo para subirse a un árbol y el otro, para tenderse en tierra, fingiéndose muerto. Acercóse el oso a oler a este último, y creyéndolo cadáver no le hizo el menor daño, y abandonando aquellos lugares desapareció entre la maleza. Bajó entonces del árbol el otro hombre, y, chanceándose, preguntó a su compañero qué le había dicho el oso cuando le acercó tanto el hocico al oído.

—Me ha dicho lo siguiente—contestó el otro,—que constituye un buen consejo: «No tengas amistad con aquellos que te abandonen en los momentos de peligro».

Queridos niños, repetíos las palabras del oso.



LOS GALLOS Y LA PERDIZ

Un hombre compró una perdiz y la puso entre unos gallos, que con sus picotazos no la dejaban un momento tranquila. Esto tenía sumamente afligido al pobre animal; pero, como viera cierto día que los gallos también se picaban entre sí, consólose, diciendo:

—En lo sucesivo no tomaré tan a pecho lo que conmigo hacen, pues veo que los gallos también se maltratan unos a otros, y eso que son hermanos.

Debemos tolerar las injusticias y aún el maltrato de aquellos que ni aún respetan a sus propios parientes.



EL TORO Y EL RATÓN

Cierto ratoncillo, para matar el tiempo, entreteníase en molestar a un corpulento toro que se había echado con ánimo de descansar, y al que mordía con sus diminutos dientes. Movíase el toro de un lado a otro para alejar de sí al ratón; pero éste se escondía y volvía pronto a salir y a morderle, de manera que el toro se enfadó tanto que rugía de ira por no poder tomar venganza.

—Es inútil que te canses—díjole entonces el ratón,—pues, no obstante tu gran corpulencia y tu enorme fuerza, no podrás causarme el menor daño.

No debe desdeñarse a nadie, por humilde que sea, pues la maldad da armas aún a los más débiles.



LA ZORRA Y EL JABALÍ

Cierto jabalí afilaba sus colmillos en el tronco de un árbol. Viéndole una zorra en tal ocupación, le preguntó por qué aguzaba sus dientes, no teniendo nada en que hincarlos.

—Lo hago—respondió el jabalí—porque teniendo siempre mis armas preparadas puedo defenderme cuando me ataquen, y de lo contrario, me hallaría a merced de mis enemigos.

Debemos estar siempre prevenidos, para evitar muchas contrariedades y desgracias.



LOS LADRONES Y EL GALLO

Entraron unos ladrones en una casa, y, no encontraron otra cosa de que apoderarse más que un gallo, se lo llevaron con intención de matarlo y comérselo. Pero el pobre animal les dijo que debían devolverle la libertad, por el hecho de ser tan útil al hombre, a quien con su canto anuncia la proximidad del día, y, por consecuencia, la hora de abandonar la cama y reanudar el trabajo.

—Precisamente por eso mereces de nuestra parte la muerte—respondieronle los ladrones,— pues despertando con tu canto a los trabajadores, hemos de ocultarnos nosotros en nuestras guaridas y no podemos continuar robando.

No tienen valor ante el perverso las razones que convencen al ser honrado.



LA LIEBRE Y LA TORTUGA

A una liebre que se burlaba de sus pies, invitó cierta tortuga a correr para ver cuál de las dos llegaba antes a un lugar determinado. Y sucedió que, fiando en su ligereza, la liebre se echó a descansar un momento en el camino y se quedó dormida, lo cual permitió a la tortuga llegar antes que ella al punto señalado y ganar la apuesta.

No debemos confiar demasiado en las propias fuerzas, aunque sean muchas, pues cualquier contingencia puede reducirlas a la nada.



EL LOBO Y EL CARNERO

Lamentaba un pastor la muerte de su perro, que había sido siempre el terror de los lobos de la comarca, y, habiéndolo oído un carnero, díjole que le cortase los cuernos y le pusiese la piel del perro, para perseguir disfrazado de tal modo a los temidos carniceros. Llevóse el ardid a la práctica, y efectivamente, los lobos huían al ver al carnero, a quien tomaban por el difunto perro. Sucedió, no obstante, que, persiguiendo el carnero a un lobo que se llevaba una oveja, se le cayó la piel postiza, viendo lo cual el lobo se acercó al carnero y le dijo :

—¡Hola ! ¡ Conque eres tú ! Pues prepárate a pagar caro el atrevimiento de engañarnos. Y abalanzándose a él lo devoró.

Ni aun usando de ardid es debemos atacar a los que consideramos más fuertes que nosotros.



LA ZORRA Y EL CHIVO

Habiendo caído en un pozo cierta zorra, no podía salir de él por más esfuerzos que hacía. Acercóse en esto un chivo azuzado por la sed, y le preguntó si estaba fresca el agua.

—Baja—le contestó la zorra—, la encontrarás tan fresca, que no te cansarás de beberla.

Bajó el chivo, y allí se quedó ; porque la zorra, saltando sobre él, y utilizando sus cuernos como escalera, saltó a toda prisa fuera del pozo.

La más elemental prudencia nos manda no seguir ningún consejo sin prever los peligros que pueda acarrear.



LA RAPOSA • Y LA ZARZA

Cierta raposa a quien perseguían unos perros, refugióse precipitadamente en una zarza; pero, notando enseguida que las espinas destrozábanle el pellejo, hubo de decirse:

—¡Infeliz de mí, que he venido a pedir protección a quien me hará padecer más que los mismos perros que me perseguían!

Muchas veces, huyendo de un peligro, por irreflexión caemos en otro mayor.



LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

COLECCION ARALUCE

Esta colección se compone de las obras más famosas en el mundo y cumple a maravilla el precepto de INSTRUIR DELEITANDO, contribuyendo, además, a formar el buen gusto de los jóvenes lectores.

OBRAS PUBLICADAS

Guillermo Tell.
Historias de Shakespeare.
Los Héroes.
La Divina Comedia.
Historias de Hans Andersen.
Historias de Wagner.
Viajes de Gulliver.
La Cabaña del tío Tomás.
Cuentos de Grimm.
Robinson Crusoe.
La Iliada.
Historias de Calderón de la Barca.
La Odisea.
Más historias de Shakespeare.

Don Quijote de la Mancha. (2 tomos).
Historias de Chaucer.
Cántico de Navidad.
Yvanhoe.
Los Caballeros de la tabla redonda.
Cuentos de la Alhambra.
La Infantina de Francia.
El Paraíso perdido.
Los Lusiadas.
La Gitanilla de Cervantes.
El lazarrillo de Tormes.
Hazañas del Cid.
Historias de Lope de Vega.
Fábulas de Esopo.
La Canción de Rolando.

